

ANNALES CHILENOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA

ORGANO OFICIAL
DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES
DE HISTORIA DE LA MEDICINA
DE LA
UNIVERSIDAD DE CHILE
Y DE LA SOCIEDAD CHILENA DE
HISTORIA DE LA MEDICINA

Nota: Las opiniones vertidas en los artículos son de la exclusiva responsabilidad de los autores.

ANALES CHILENOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA

Órgano Oficial del Centro de Investigaciones de Historia de la Medicina de
la Universidad de Chile y de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina

Dirección Postal: Casilla 2609 - Santiago - Chile

AÑO III

1961

Vol. único

SESQUICENTENARIO DE LA IMPRENTA EN CHILE

SUMARIO

	Págs.
Editorial	5
Artículos Originales:	
LAVAL M., ENRIQUE: Camilo Henríquez ¿fue médico?	11
COSTA, CLAUDIO: Antecedentes de la prensa médica chilena. Desde la Imprenta de Heimhausen (1748) hasta El Criticón Médico (1830).....	19
ANZOATEGUI, VICTOR: Bibliografía de la prensa Médica periódica en Chile.....	207
ABALOS, XIMENA: Bibliografía para el estudio de la Historia de la Medicina en Chile..	267
LAVAL M., ENRIQUE: Recuerdos del Capellán del Hospital de San Vicente de Paul, Pbr. D. Emilio Voisse	311
Academia Chilena de la Lengua:	
GARRETON S., ALEJANDRO: El lenguaje de la Medicina	359
Documentos Nacionales:	
ORREGO LUCO, AUGUSTO: Charcat	381
Documentos extranjeros:	
MARAÑÓN, GREGORIO: El médico, la literatura y la literatura médica	399
Tesis Inéditas de Otros Tiempos:	
COX MENDEZ, RICARDO: Una familia histórica	411
Notas Curiosas:	
MONTE, ADRIANA: Cuatro cartas sobre medicina doméstica	423
Boletín de la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina	431
Boletín del Centro de Investigaciones de Historia de la Medicina de la Universidad de Chile	433
Noticias	435
Bibliografía	441

EDITORIAL

Entre los países hispanoamericanos, Chile puede considerarse uno de los más afortunados en materia de bibliografía, cultivada y enfocada de distintos ángulos, desde mediados del siglo pasado. Basta evocar los nombres de los señores Amunátegui, Briseño, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Vidal Gormaz, Anrique y otros, para comprobar cuán interesados estuvieron los escritores del siglo pasado en inventariar la producción intelectual salida de las prensas nacionales.

En el orden cronológico corresponde al señor Miguel Luis Amunátegui una de las primeras tentativas para encarar la bibliografía chilena, pues ya en 1857, en las páginas de la REVISTA DE CIENCIAS Y LETRAS, publicó un CATÁLOGO DE LOS LIBROS Y FOLLETOS IMPRESOS EN CHILE DESDE QUE SE INTRODUJO LA IMPRENTA.

La confección de este inventario se había hecho una necesidad impostergable, y fue el Consejo de la Universidad el que, comprendiéndolo así, en sesión de 17 de diciembre de 1859, acordó confiar al señor don Ramón Briseño la elaboración de un catálogo de todas las publicaciones hechas por la prensa nacional, desde la introducción de la imprenta en 1812 hasta fines de ese año. Este fue el origen del notable trabajo del laborioso bibliógrafo, publicado en 1862 con el título de ESTADÍSTICA BIBLIOGRÁFICA DE LA LITERATURA CHILENA, piedra angular y de indispensable consulta en materia de bibliografía chilena. Incorporó el señor Briseño en su trabajo, no sólo la nómina de todas las obras publicadas en Chile, sino de todas las obras y documentos relativos a Chile aparecidos en el extranjero, así como el inventario de los escritos por autores chilenos, impresos en el extranjero.

Muchas y fundadas críticas y reparos se han hecho a la obra del laborioso bibliógrafo, pero hasta la fecha de la publicación de su obra ningún país americano contaba con un inventario más prolijo de su producción intelectual, cuando aún no habían surgido normas generales en materia de bibliografía crítica.

Quince años más tarde el Consejo de la Universidad acordó encomendar al mismo autor la continuación de su obra, de modo que ella cubriera el inventario de los trabajos de la imprenta aparecidos desde 1860 hasta 1876, y que constituyó el material del segundo volumen de la misma obra, que vio la luz en 1879. Amplia-

mente justificada fue la calurosa acogida que la obra encontró entre los hombres ilustrados, y a pesar de las inevitables omisiones que hay en ella, su autor recibió estimulantes aplausos. "El señor Briseño ha hecho más de lo que le había encargado la Universidad llevando a cabo una obra de esta naturaleza, escribía el señor Barros Arana en EL CORREO DEL DOMINGO. El ha dotado a nuestra modesta literatura de una importante bibliografía, y ha facilitado muy considerablemente el trabajo de los que en adelante se consagren a los estudios de investigación. Si su obra no es perfecta o del todo completa, no por eso deja de ser de una inmensa utilidad".

Entre los bibliógrafos nacionales ocupa un destacado lugar el laborioso historiador y hombre público don Benjamín Vicuña Mackenna, quien ya en 1861 había dado a los moldes su CATÁLOGO COMPLETO DE LA BIBLIOTECA AMERICANA COMPUESTA DE MÁS DE TRES MIL VOLÚMENES QUE POSEE DON BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA. Corrían para él amargos días de pobreza, y no fue ajeno a su pensamiento la posibilidad de desprenderse de algunos de sus libros, que había reunido desde su juventud con ingente sacrificio, no sólo en Chile sino que en el extranjero. Pero, su más notable contribución bibliográfica fue el utilísimo catálogo de la colección de libros de don Gregorio Beéche, y que por encargo de su testamento dio a la luz, por la imprenta de El Mercurio de Valparaíso, con el título de BIBLIOGRAFÍA AMERICANA. ESTUDIOS Y CATÁLOGO COMPLETO Y RAZONADO DE LA BIBLIOTECA AMERICANA COLECCIONADA POR EL SEÑOR GREGORIO BEÉCHE, preciosa pieza de consulta para el hombre de estudio de la historia americana.

Cuanto se ha dicho de los inolvidables servicios prestados por el infatigable bibliófilo señor Beéche a las letras americanas es del todo altamente justificado, y la acertada semblanza que de su personalidad compuso el señor Vicuña Mackenna es ejemplarizadora. Había entre el biógrafo y el bibliófilo nexos profundos de confraternidad literaria y de afinidad intelectual, de modo que pocas tareas fueron tal vez más gratas para el primero que confeccionar el inventario de su selecta biblioteca. Las páginas con que lo precedió, en que trazó una breve reseña de los catálogos y bibliotecas americanas que había conocido en su trajinante existencia, contienen las más valiosas noticias sobre la importancia que había adquirido ya en sus días la bibliografía americanista.

Efectivamente, ya en 1866 había visto la luz la obra de Harrise, BIBLIOTECA AMERICANA VETUSTISSIMA, que conquistó para su autor la notoriedad universal, lo consagró como el maestro de la bibliografía americana, e incorporó las normas seguidas en su trabajo como invariable modelo para sus continuadores.

La bibliografía había alcanzado en Europa la preferente atención de los hombres de estudio, y los trabajos de Allibone, Barbier, Brunet, Harrise, Leclerc, Lorentz, Querard, Rich, Sabin, Salvá, Semper y Guarinos, Stevens, Ternaux-Compans, Trubner y otros, eran conocidos en los medios intelectuales santiaguinos. De aquí que, con su ayuda y después de muchos años de estudio, el señor Barros Arana dio a los moldes su notable estudio, NOTAS PARA UNA BIBLIOGRAFÍA DE OBRAS ANÓNIMAS Y SEUDÓNIMAS SOBRE LA HISTORIA, LA GEOGRAFÍA

Y LA LITERATURA DE AMÉRICA, que apareció primero en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD de 1882, en forma de libro el mismo año, y que se encuentra incorporado en el tomo sexto de sus OBRAS COMPLETAS.

Ya la bibliografía había abandonado los pañales y se había convertido en una labor de investigación histórica y crítica de la mayor significación. Así, ese trabajo del señor Barros Arana no era un simple inventario de cuantas obras anónimas se habían publicado en torno a la historia de América, sino un acabado estudio de vastas proyecciones, revelador de una erudición tan profunda como amplia. El laborioso no sólo se limitaba a determinar la paternidad literaria de la obra estudiada, sino que hacía una apreciación de ella, consignaba la fecha de las distintas ediciones que había conocido y finalmente hacía una minuciosa crítica.

En esta rápida reseña de cuantos han dedicado a la bibliografía sus mejores energías, debe ocupar sitio destacado el más insigne de sus cultivadores, la nómina sólo de cuyos trabajos ocupa muchas páginas. Nos referimos al señor don José Toribio Medina. Entre ellos no puede omitirse su BIBLIOGRAFÍA DE LA IMPRENTA EN SANTIAGO DE CHILE DESDE SUS ORÍGENES HASTA FEBRERO DE 1817, dada a los moldes en 1891, obra que por su acuciosidad bien podría decirse no ha sido superada hasta ahora.

Entre los bibliógrafos de fines del pasado siglo habría que mencionar también al laborioso don Gabriel René Moreno, cuya BIBLIOTECA PERUANA que vio la luz pública en 1896 contiene no sólo el inventario de los libros y folletos que se conservaban en la rica biblioteca del Instituto Nacional, sino apreciaciones críticas y páginas históricas de valor perdurable.

Ya para esa fecha, fines del siglo, los estudios bibliográficos habían alcanzado notable desarrollo, habiéndose publicado monografías personales (de las obras de Vicuña Mackenna, Sarmiento, Miguel Luis Amunátegui y José Miguel Carrera); bibliografías de sucesos particulares (el cólera y la revolución de 1891); y las especializadas (sobre los códigos chilenos, de legislación y jurisprudencia, marítima chilena, sobre la música, las obras dramáticas y pedagógicas).

Pero correspondió al señor don Luis Montt, una de las más distinguidas personalidades de nuestra vida intelectual, continuar la labor que había iniciado el señor Medina, o, más bien, enfocarla desde otro punto de vista. Al dar a los moldes en 1904 el tomo II de su BIBLIOGRAFÍA CHILENA, 1812-1817, precedida de un bosquejo histórico sobre los primeros años de la prensa en el país, al mismo tiempo que rendía un justiciero homenaje al señor Briseño, escribía, aludiendo a la aparente coincidencia de la labor que encaraba, con la del señor Medina: "Mayores son todavía las diferencias en las respectivas introducciones de ambas obras. La del señor Medina, notable, nos complace en repetirlo, por el caudal de noticias que acumula, es historia de la tipografía; y la de ésta (como se verá en el primer volumen), que considera a la prensa por su aspecto de vehículo y portavoz de las ideas, se contrae a referir cuáles fueron sus rumbos, su influencia en los sucesos del tiempo, los debates o polémicas que en ellos se sostuvieron, y el carácter de los escritores que más la ocuparon".

Corresponde, pues, al señor Montt el indiscutible mérito de haber sido el primero en rastrear en los trabajos de la imprenta la huella de las ideas, como motor de las pasiones y de las luchas políticas. No procedió con la fría serenidad del entomólogo, sino que buscó en los periódicos, en los bandos y en las polémicas, el fundamento ideológico de las instituciones que pugnan por abrirse camino.

Pero, además de éste, los hombres de estudio de Chile deben al señor Montt un testimonio de gratitud por su iniciativa, que tomó en su carácter de director de la Biblioteca Nacional, al iniciar la publicación en 1886 del ANUARIO DE LA PRENSA CHILENA, que hasta 1914 realizó con regularidad el inventario de los frutos de la imprenta, tarea que ha sido lastimosamente abandonada en los últimos cuarenta años.

La laguna que quedaba entre la obra de Briseño y el ANUARIO DE LA PRENSA también trató de llenarlo el laborioso e inolvidable director de la Biblioteca, al disponer la confección de un catálogo de las obras y folletos impresos en ese periodo. Esta tarea, abordada por el señor Toro Melo, fue desgraciadamente destruida por un incendio, pero la ha realizado en los últimos años, con notable éxito, el laborioso escritor señor don Raúl Silva Castro, al dar a luz en el año 1952, un volumen que lleva por título ANUARIO DE LA PRENSA CHILENA, 1877-1885, LIBROS, FOLLETOS Y HOJAS SUELTAS.

El cuadro de la producción intelectual de Chile quedaba así trazado en sus líneas generales, sin olvidar que por esos mismos años habían visto la luz algunos trabajos especializados de gran importancia, entre los cuales el de los señores Nicolás Anrique e Ignacio Silva Arriagada, que lleva por título ENSAYO DE UNA BIBLIOGRAFÍA HISTÓRICA Y GEOGRÁFICA DE CHILE, impreso en 1902, constituye una herramienta de trabajo de singular mérito.

Un nutrido grupo de investigadores y bibliógrafos realizaba por esos días (primer cuarto del presente siglo) una labor de gran utilidad, y los señores Victor Manuel Chiappa, al componer las bibliografías de los señores Medina y Barros Arana; Ramón A. Laval, al desentrañar los primeros pasos de la prensa en el territorio nacional; Enrique Blanchard-Chessi, al contribuir con varias monografías a escurrir algunos aspectos de la bibliografía chilena; Montessus de Ballore, al componer su fundamental bibliografía de temblores y terremotos, fueron los verdaderos continuadores de los señores Briseño, Barros Arana, Vicuña Mackenna, Medina y Montt.

Hasta entonces había correspondido a la Biblioteca Nacional tomar las más importantes iniciativas para que la obra comenzada por el señor Briseño mantuviera su continuidad, y la publicación de la REVISTA DE BIBLIOGRAFÍA CHILENA Y EXTRANJERA, iniciada en 1913, y que desgraciadamente tuvo una corta vida, pareció que iba a llenar esos propósitos. Su animador y entusiasta promotor fue el laborioso hombre de letras don Emilio Vaisse, que a una cultura literaria superior, unía las privilegiadas dotes de una aguda sensibilidad y una laboriosidad poco común. En las páginas de esa publicación vieron la luz apreciables estudios de investigación histórica, entre los cuales los de los señores Thayer Ojeda y Vaisse sobre las bibliotecas coloniales fueron de los primeros compuestos en esta par-

te de la América para derribar el arraigado prejuicio de que nuestros antepasados habían sido unos ignorantes y unos estúpidos, ajenos a toda curiosidad intelectual.

Pero el señor Vaisse tenía un plan más ambicioso, cual era el de confeccionar una BIBLIOGRAFÍA GENERAL DE CHILE, con noticias biográficas y bibliográficas de cuantos hombres de estudio, escritores y hombres de ciencia habían ilustrado la vida intelectual de la nación, magna empresa que requería la colaboración decidida de muchas personas y era superior a las fuerzas de un solo hombre. Sin embargo, y a pesar de todos los obstáculos que halló en su tarea, el laborioso escritor alcanzó a imprimir dos volúmenes de su obra, dados a las prensas el año 1915, que cubren las dos primeras letras del alfabeto.

Ese ingente inventario, honra de la cultura intelectual de Chile, va precedido de una BIBLIOGRAFÍA DE BIBLIOGRAFÍAS CHILENAS, debida a la pluma del laborioso investigador don Ramón A. Laval, harto reveladora de cuanto se había trabajado en el país en ese campo a lo largo de un siglo.

El impulso dado por los señores Montt y Vaisse a los trabajos bibliográficos se fue poco a poco desvaneciendo hasta caer en el más absoluto abandono y la suspensión del ANUARIO DE LA PRENSA CHILENA es uno de los más irreparables daños que se han hecho a la cultura intelectual del país.

Sería tarea larga y fatigosa reseñar la labor que en este campo han realizado en los últimos lustros numerosos investigadores, historiadores y bibliógrafos, ya sea en el terreno de las bibliografías personales como en las especializadas. Esa labor no se halla terminada y quedan aún por roturar vastas extensiones de la actividad intelectual, particularmente en el terreno científico.

El Centro de Investigaciones de Historia de la Medicina y la Sociedad Chilena de Historia de la Medicina al dedicar este número de los Anales a la bibliografía de la prensa médica chilena y de la literatura de la historia de la medicina en Chile, cree llenar una verdadera necesidad, poner en manos de los estudiosos una herramienta de gran valor, y destacar cuanto han trabajado en el campo de esta actividad científica las generaciones que nos han precedido y la presente, continuando una honrosa tradición científica que exhibe al país con rasgos inconfundibles.

